

antes de un mes toda la práctica necesaria. Y no puedo decirte más sino que yo mismo el día que tuve el gusto de ver su modelo, ejecuté por mi mano, oídas sus explicaciones, algunas comunicaciones sencillas, entre las cuales me acuerdo que fué una: « Las Cortes se han abierto el 19 sin que ocurriese el más pequeño disgusto. » Y los empleados superiores encargados de la glosación y descifración de las comunicaciones, suponiéndoles un poco de aplicación y despejo, podrían desempeñar sus funciones con sólo un mes de estudio teórico y otro de práctica.

Cree, Pelegrin, que en España no faltan hombres é ingenios; lo que falta es protección, protección. — Y diga Vd., mi amo: ¿qué ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz? — ¿Qué ha de hacer, Tirabeque? Lo que con todos los que hacen algún descubrimiento artístico interesante. Después de haber establecido y dirigido en el año 36 su línea telegráfica en las provincias del norte para el servicio del ejército, en que hizo más de dos mil comunicaciones importantes con pocos auxiliares y escasos medios, concluida la guerra tuvo que retirarse con el desconsuelo de reclamar en vano los sueldos, que á él y á todos los empleados habían quedado á deber. Las casetas de los telégrafos ó estarán ya caídas ó se estarán cayendo. Invitó después al gobierno á que estableciese líneas telegráficas en los puntos principales, señaladamente desde Madrid á Bayona, garantizando su poquísimos coste, y prestándose á abrir y desempeñar una escuela telegráfica, para lo cual había trabajado ya dos libros con 32,450 combinaciones cada uno, representadas por uno, dos, tres y cuatro signos: el primero de palabras, voces, frases, direcciones y formularios de participaciones, el segundo de geografía, nombres propios, apellidos, numeración, quebrados, pesos, medidas, monedas, etc. Pero el gobierno así lo ha oído todo como quien oye llover.

¿Y sabes lo que en cambio ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz? Darle un destino en loterías. — Bien hecho, señor, nuestro gobierno lo entiende: lo mismo pudo haberle hecho vista de aduanas, ó promotor fiscal de un juzgado, ó secretario de la Bula de la Cruzada, que al cabo allá viene á dar todo, y los telégrafos poco importan; sin ellos hemos vivido hasta aquí, y sin ellos iremos tirando como Dios nos dé á entender, que si todas las demás naciones los tienen, ménos nosotros, cada uno vive contento con su pobreza, y si ellas saben en dos horas lo que pasa á las doscientas leguas, nosotros para comunicar lo que pasa á las dos leguas enviamos un propio, montado en un pollino cojo con

el recado, y si no, nunca falta un peaton que con una peseta y un trago en cada ermita que encuentre en el camino, lleve la noticia por extraordinario ganando horas, y suele salir mejor cuenta, porque si la noticia es mala, cuanto más tarde en saberse, mejor. — Buena es la broma, Tirabeque; pero no dudes que á un español amante de su país, le afecta demasiado el contemplar el atraso en que respecto de las demás naciones nos encontramos, no por falta de genios, sino por la indolencia y desidia del gobierno. — Ta, ta, ta, ta; pues si se va afligiendo así por cada cosa de estas, se va Vd. á secar antes de volver á España. Pecho ancho, señor, que no faltará por ahí alguna cosilla en que les podamos dar nosotros quince y mano, y entónces nos vengaremos.

Agua, vino, cerveza, helados, y otras cosas potables.

Omisión fuera por cierto de gran cuenta y tamaño, é imperdonable por demás en un viajero observador de minuciosidades, el no hacer conmemoración explícita del vino de Burdeos estando en Burdeos. Pero antes es fuerza decir algo del agua, que no es á femia artículo que merezca pasarse en silencio.

Á cinco cosas puede renunciar el español desde el momento que pase el puente de Behovia; á la alegre vozingería de los mayorales (como atras queda observado), á la franqueza en el trato, al agua buena, al cielo claro y al buen chocolate; si bien en este último artículo debe hacerse una excepción honrosa en favor del hermano Braulio Poc, fabricante zaragozano establecido en Burdeos. El viajero recorrerá toda la Francia, y aun irá más adelante, y se volverá á España sin haber podido beber un vaso de agua limpia y cristalina, de aquella que se dice: « Limpia, fija y da esplendor: » sino que ó bien tendrá que azucararla, ó bien que recurrir al *vinum aquatum*, mas que diga Hipócrates lo que quiera, ó bien que prepararla de algún otro modo, porque *sola* es desagradable y de no muy sana potación; es como los desengaños y las verdades: si se quiere que no amarguen y no hagan mal estómago, ó no irriten la bilis, es menester dulcificarlas un poco y suavizarles le erudeza. La mala calidad de este artículo no deja de constituir una de las faltas y privaciones que experimenta el español, máxime si acaba de dejar las finas aguas de Madrid, y aun más máxime todavía si el español fuese *abstemio* ó aguado. Sin embargo, nadie puede decir, « de esta agua no beberé, » pues harto vemos todos los días que quien más la echa

de *puritano*, viene á parar en beber de la fuente mas turbia, y no así como quiera á sorbos y á cortadillos, sino de brúces y á trago recio.

Con todo no era esto lo que mas afligia á Tirabeque, ni la privacion que mas le hacia sufrir. « Así en todas partes, decia, pudiera suplirse esta falta como en Burdeos. » Y en efecto, por vida mia que sabía suplirla muy bien; y cuando yo le apercibia por la brevedad con que daba cuenta de las botellas, « ¿ qué quiere Vd., señor? me respondia : como el agua es tan mala, y este vino de Burdeos es tan flojito y tan limpio, me veo en la triste necesidad de usar de este suplefaltas y pasar estos trabajos mas á menudo de lo que quisiera. » Y la enmienda era pedir otra botella y decir : « ¡ cómo ha de ser ! Vengan trabajos : ¡ hay tan malas aguas en este país ! » No hay duda que los vinos de España son mejores, de mas sustancia y mas fuertes ; pero no están trabajados con la limpieza que este, señor, así es que aquellos no apagan la sed como este vinillo. « Muy sábia es la providencia, mi amo ; en todas partes da á los hombres con qué suplir lo que no hay. »

A los dos dias de estancia en aquella capital, ya conocia él la nomenclatura de todos los vinos y estaba al corriente de sus calidades y diferencias. Yo me quedaba asombrado de ver la maestria con que fallaba si el *Saint Julien* era mejor que el *Ordinario*, si el *Château-la-Tour* era mas ó ménos apreciado que el *Medoc*, si el *Leoville* y el *Brannemouton* eran de inferior calidad al *Château-Laffite* y al *Château-Margaux*, si era todo vino tinto, ó si lo habia tambien blanco en *Grave* y en *Sauterne*, con todo lo demas que á la materia atañe.

En la tierra de los ciegos el tuerto es el rey : por eso en Paris, en el norte de Francia, y en los reinos que siguen, el vino de Burdeos es muy apreciado, y sucede con él lo que con las reputaciones de los hombres, que la estimacion y el precio crecen en razon de la distancia.

Otra de las bebidas que están mas en uso en aquellos países es la cerveza ; pero en vano se busca una que pueda reemplazar á la de Santa Bárbara de Madrid, inclusa la celebrada de Strasburgo : generalmente es como la política española ; fea, revuelta y desagradable.

Los helados no están tan en voga como en España, porque no los hace tan necesarios el clima, y están bien léjos de exceder en calidad y delicadeza á los nuestros. En cambio se hace mucho uso de las bebidas gaseosas, que son muy comunes, de las limonadas,

la grosella y otros refrigerantes ; pero el fuerte en los cafés franceses, como el tiempo no esté demasiado caluroso, son el café, el té, y los *vinos de licores* que ellos llaman : así como sus pasatiempos son la lectura de periódicos y el juego del dominó. Hombre hay que ántes de acabar una taza de café se ha echado al cuerpo todos los diarios de la capital, y ántes de apurar una copa lleva apurados ya los periódicos de todos los departamentos. Yo no he visto una aficion al periodismo como la de aquella gente, y el café que no estuviera suscrito á todos los diarios por ejemplares dobles ó triples, *ipso facto* se veria desierto de consumidores.

Mi buen Tirabeque quiso reasumir las noticias acerca de las bebidas usuales en aquel país, y entre sus apuntes encontré las décimas siguientes, que son..... como suyas.

Español, si á Francia vas,
y sed por acaso llevas,
agua sola no la bebas,
ó te lleva Barrabas :
mezclala con algun gas,
ó no te andes en rodeos,
bebe vino de Burdeos,
que no es como el de Sanlúcar ;
ó échale un terron de azúcar.
y dále cuatro meneos.

Y te digo con franqueza
que encontrarás buen café,
muchos licores, buen té,
pero muy mala cerveza :
y has de acudir con presteza
si te gustan como á mí
los helados, porque allí
si te andas con dilaciones,
te responden los *garzones* :
« *pardon, Monsieur, c'est fini.* »

La Raquel, y el gracioso de brocha gorda.

Dos notabilidades dramáticas habia entónces accidentalmente en Burdeos, de aquellas que en las temporadas de verano salen de Paris á las provincias á recojer algunos miles de francos por via de recreacion y pasatiempo. Era la una la célebre *Mademoiselle Rachel*, esa jóven judía, nacida de humilde cuna, que hace pocos años se dió á conocer en uno de los teatros subalternos de Paris, y á los 22 de su edad está siendo un prodigio del arte declamatorio, ocupando muy merecidamente el primer rango en el

primer teatro frances. Esa inimitable trágica, por cuya boca habla Corneille, y cuyo acento es el pensamiento de Racine. Esa jóven admirable, que á la gracia de la juventud une la majestad de una reina y la dignidad de una matrona; cuyos triunfos se cuentan por el número de representaciones; que con una naturalidad que asombra sin concebirse, parece que tiene en sus labios el secreto de imprimir las sensaciones en el corazón de los espectadores: que aterra cuando quiere, y cuando quiere impacienta, y enternece cuando le conviene enternecer, y consuela cuando es menester consolar, y siempre conmueve, y siempre admira, y siempre arrebatada: que si arranca aplausos en *Mitridates* y en *el Cid*, si la arrojan coronas en *Cinna* y los *Horacios*, no alcanza menores triunfos en *Berenice* y *Atalia*, y solo el «*je crois*» en *Polieucte*, dicho de una manera que solo ella lo puede decir, y nadie sino ella lo puede expresar, bastaria para que Corneille, si pudiera alzarse de la tumba, viniera á ceñirla de laureles por su mano.

Yo tuve el gusto de convencerme en Burdeos y en Paris de la justicia con que ha alcanzado *Mademoiselle Rachel* su fama colossal. Y hoy es el día que Tirabeque no puede recordar sin entusiasmo á la admirable y agraciada Judía, á pesar de que asegura y confiesa, que de la mayor parte de lo que oia se quedaba en ayunas, y añade todavía: «Como soy cristiano que no puedo echar de la memoria la Rabina aquella, señor.»

La otra notabilidad dramática era *Mr. Odry*, el *Cubas* frances del teatro de las VARIEDADES. En él le vimos ejecutar los *Saltimbánquis*, su pieza favorita, que le ha conquistado hace muchos años en los teatros de Paris la fama del *primer bufon del bajo género*, ó sea del mas sobresaliente entre los *graciosos de brocha gorda*. Su salida en Burdeos se habia anunciado con pompa y con estrépito, y las noches que representaba nos atronaban los expendedores de periódicos en los entreactos con *la biografía y el retrato de Mr. Odry*, pintado en ademán de tocar unos atabales y dirigiendo y ensayando una compañía de *saltimbánquis*. Y era de ver aquellos franceses de tan refinado gusto por una parte en las representaciones dramáticas, celebrar con entusiasmo y reir con locura las vulgarísimas gracias, ademanes grotescos, y tabernarios equívocos de *Mr. Odry*, que acaso en España no hubiéramos tenido paciencia para escuchar, porque los *Saltimbánquis* no pasa de un extravagante saineton.

Así con razon me decia Tirabeque: «Señor, aquí tambien hay vice-versas de mucho balumbo, y á esta gente yo no acabo de

entenderla nunca. Por un lado mucha delicadeza y mucho gusto, y mucha finura en las comedias, y por otro se rien como tontos con estas majaderias, y les gustan que se relamben.»

Y era la verdad en el fondo, pues por una parte el lujo y elegancia en lo material de los teatros, así como en los trajes y decoraciones, la propiedad y el desembarazo en el decir, la aplicacion oportuna de cada papel á cada actor, aquellas maneras tan dulces é insinuantes sin menoscabo de la bella naturalidad, y aquellas piezas en que se pintan hasta en sus mas pequeñas sombras con delicado pincel y refinada maestría las costumbres de la alta sociedad (todo lo cual tendremos todavia ocasion de admirarlo mas en los teatros de Paris), descubre la cultura de un pueblo, que ademas de ser por su natural carácter aventajadamente dispuesto á todo lo que sea cómico, lleva subidos muchos grados en la escala de la civilizacion; y por otra parte se ve á este mismo pueblo de tan refinado gusto escénico gozar maravillosamente y entretenerse como un niño, ó como un aldeano, con la farsa mas grotesca y con los espectáculos de mas ordinaria calidad. Tan cierto es que el excesivo refinamiento del gusto conduce á la extravagancia y á la relajacion.

Dos cosas le hacian á Tirabeque mucha novedad en los teatros franceses en un principio: la facilidad y propiedad con que se hacia anochecer, ó amanecer, se figuraba la noche cerrada, ó el día claro, ó alguno de los crepúsculos por medio del alumbrado de gas; y la frescura y marcialidad con que los actores solian regalar sendos y muy verdaderos ósculos á las bellas actrices, no ya solo en la frente, que esto es allí costumbre admitida en la buena sociedad entre personas de los dos sexos un tanto por algun motivo allegadas, sino que en el *Médecin malgré lui* (ó sea nuestro *Médico á palos*) el tal pseudo-mediquito llevaba la cosa á tal punto de naturalidad, que mas de una docena de veces, á vista, ciencia y paciencia del público aplicó muy resueltamente sus labios á las mejillas del ama de gobierno, alternando muy doctamente entre la derecha y la izquierda: cuyo besuqueo no solo se dejaba ver sino que tambien se dejaba sentir. Cosa era esta que ofendia y no podia tolerar el natural pudor de Tirabeque, y decia que si el tal *Médico á palos* viniera á hacer aquello á España, podia contar de seguro con salir del teatro hecho *Médico á palos* ó *Médico á silletazos* de véras.

La muerte del viajero.

Tomados tenia ya los billetes en una de las diligencias llamadas *messageries royales* para salir de Burdeos á Paris, y evacuado este negocio acababa de retirarme á mi celdita provisional con el objeto de arreglar mi maleta, cuando entró el *facteur* (cartero) con el Correo de España. Le abrí... ¡ ah ! ¡ cuán ajeno estaba yo de esperar tan fatal noticia ! ¡ *El viajero que esto escribe habia muerto!* Jamas el verbo *morir* habia tenido pretérito perfecto en primera persona hasta entónces : jamas habia podido decir nadie, « *mori* » como puedo yo decir ahora : jamas se encontró nadie con nueva tan fatal al abrir el correo.

Algo se me resistia á la verdad el dar fe á la noticia de mi fallecimiento, pero el documento en que se me comunicaba y que me enviaba un amigo, parecia fehaciente. Era un impreso que se habia publicado en Madrid y expendido á grandes voces por todas sus calles, en el cual se daban tan individuales y minuciosas señas de las circunstancias que habian acompañado á mi defuncion, que casi no me daban lugar á dudar á mí mismo.

« En este instante (decia) acaban de entristecernos con la funesta noticia de que el redactor del *Fr. Gerundio*, bastante quebrantado en su salud durante el viaje que emprendió para Bayona, acaba de exhalar el último suspiro en aquel punto. Añaden igualmente, que luchando con la agonía de la muerte, abrió sus labios el ántes tan festivo *Fr. Gerundio*, y no queriendo pasar á mejor vida sin dejar un pequeño recuerdo á los numerosos suscritores que le honraron, dijo como delirando en el último momento : Yo voy á un mundo desconocido para mí.... voy á ser juzgado ante el Dios de las misericordias.... pero confio en su gracia, porque mi conciencia está tranquila.... Quise hacer algo en beneficio de mi patria.... hice cuanto pude.... etc. Aquí (continuaba) diz que se cortaron sus palabras, permaneciendo en un largo silencio hasta que se entregó al descanso de la tumba. »

Venia en seguida un panegírico del difunto, en que se encomiaban magníficamente sus virtudes, y se reseñaban los merecimientos á la buena fama póstuma que se habia conquistado en su carrera de escritor, y los beneficios que con su pluma habia hecho al país, que no hay como morirse un hombre si quiere verse honrado, y favorecido y que se hagan lenguas de él sus semejantes. Pero yo, desconfiando aun despues de la muerte, y poco crédulo

de las alabanzas de los hombres, desde aquella tumba donde descendí, vislumbraba el objeto interesado y siniestro que debia guiar en los elogios la pluma del panegirista anunciador. « ¿ Dejarán, decia yo desde el sepulcro, dejarán estos *laudemus* que me tributan en muerte de ser de la misma casta y calidad que los que me prodigaban en vida muchos de los que entónces acudian á mi morada á entonarme salmos de alabanza y despues se descubrieron enemigos, sin contar otros que todavía no se han descubierto ? ¡ Ah, míseros mortales ! añadia yo desde la huesa : ¡ cuándo dejaréis de ser falaces y engañadores !

Aquella debia ser la época de las muertes de mentirillas, porque recuerdo que aquel mismo dia llegó á aquella capital la noticia de la muerte del duque de Burdeos, que para dar un testimonio público de que murió de véras, se halla ahora el mocito arreglando su boda con la princesa imperial de Rusia ; cosa que parece le hace algunas cosquillas al hermano Luis Felipe, que quisiera mas que el mancebo no hubiera muerto tan de chanza, y que es causa de que no reine en la actualidad la mejor inteligencia entre los gabinetes de San Petersburgo y las Tullerías, pero de lo cual se le dará un pito á la hermana princesa con tal que el ciudadano de señales inequívocas de estar vivo.

Por entónces anunciaron tambien los diarios franceses la muerte del distinguido escritor Silvio Pellico, que se hallaba tomando el fresco en las montañas de Suiza, y de consiguiente recibió la noticia con mucha frescura.

Pero el caso mas parecido al mio fué el de *Mr. Désiré Cornillet* en la comedia *Las segundas nupcias*, que se representó por primera vez el 18 de Mayo de aquel año en el teatro de *Palais Royal* de Paris, cuando él mismo leyó en un diario : « Ayer se han celebrado las exequias de *Mr. Désiré Cornillet*, peluquero premiado por S. M. que vivia *rue Saint Marc*.... Su oracion fúnebre ha sido pronunciada por *Mr. Séraphin*, su discípulo, que continúa su comercio y acaba de obtener un *brevet* de perfeccion por el tinte de las patillas y bigotes (1).

La cosa era cómica en verdad ; y el duque de Burdeos, Silvio Pellico, M. Cornillet y Fr. Gerundio debemos desear no morirnos nunca mas que de este modo, y ciertamente que casi debíamos tener un derecho á ello, porque nadie está obligado á morirse mas que una vez.

(1) Acto II : escena II.

Excusado será pintar la graciosa escena que pasó con Tirabeque cuando le di la noticia de mi fallecimiento, la cual no creyó sin embargo tan fácilmente como *Mistress Patterson*, la mujer del tal *Cornillet*, sin duda porque no le interesaba como á ella, ni como á ella le punzaba el deseo de pasar á segundas nupcias, que es una buena predisposicion en una mujer para creer fácilmente ó hacer que cree la muerte de su marido. Digo que será excusado pintar aquella escena, porque puede muy bien figurársela el lector conociendo el carácter de mi lego. Convencidos por fin uno y otro de que yo vivia, proseguimos en el arreglo de nuestras maletas y nos preparámos para salir de Burdeos.

Ántes de salir.

Ántes de salir debo aconsejar á todo viajero español, que si no quiere morir de véras, no cometa la indiscrecion de enfermar en los *hoteles* de Francia, donde miéntras se conserve sano y pague muchos francos, tendrá no solo quien le sirva, sino quien le estudie los pensamientos y le prevenga los deseos, y quien por darle gusto ande mas por el aire que por la tierra; pero si hace la tontería de caer enfermo, cuéntese *pro derelicto* en latin, ó por *abandonné* en frances, que allá viene á dar en español. Esto es por regla general, y por consiguiente admite excepciones; pero por vida mia que á mí no me tocó en suerte la excepcion en una indisposicion con que me favoreció la Providencia en el *Hôtel de France*, en prueba de que se acordaba de mi, como dicen los místicos. La Providencia se acordaria, no lo dudo, pero tampoco dudo que *Mademoiselle Jeannette* (la doméstica que dije en otro capítulo me habia cabido en suerte por camarista) maldita la miaja que se acordaba del pobre enfermo: sin duda era un poco ascética también, y creia bastante el acuerdo de la Providencia.

— Hija mia, hágame Vd. favor de un caldito. — *Pardon, Monsieur, il n'y a pas de bouillon*; perdone Vd., no hay caldo ahora. — ¿Me hará Vd. la gracia de una tacita de té? — *Pardon, Monsieur, il n'y a pas du feu maintenant*; perdone Vd., no hay lumbre ahora: es tarde y se han acostado ya los cocineros. — Tirabeque, hombre, llama á *Jeannette* que traiga el cocimiento ese. — ¿Qué Juaneta ni Juanete, Sr., si en toda la mañana he podido dar con ella? — Toca esa campanilla á ver, hombre. — Sr., es excusado.... aquí viene ya. — ¿Trae Vd. la medicina para el amo? — *Pardon Monsieur, c'est le bouillon*. — Qué *bullon* ni qué Cristo si lo que

le toca ahora es la medicina. Á ver, á ver... pero hombre, si esto está como la nieve... diga Vd., Sra. Juaneta, ¿se cuida así á los enfermos en Francia? — Vé, Pelegrin, vé y caliéntalo tú.

Gracias á que tuve á Tirabeque á mi lado, que si no, fácil hubiera sido que acertara el ciudadano que me envió al otro mundo en el artículo anterior. Semejante asistencia, ó por mejor decir, semejante desasistencia me movió á dejar tan luego como pude el renombrado *Hôtel de France*, y á trasladar nuestras humanidades á la *rue de la Petite Taupe*, casa de *Mr. Bonnin*, destinada casi exclusivamente á hospedaje de españoles, donde se obtiene una asistencia de mas confianza y esmero, y mas de casa particular, y donde Tirabeque estaba en grande en razon á que *Mademoiselle Eloise*, en fuerza de asistir á españoles, se entendia con él en español, á pesar de que algunas veces también parecia Tirabeque en el modo de producirse, como cuando le decia: «*pardon, Monsieur, que ce tenedor no es el de Vd.*»

Angulema.

Cuatro diligencias salen diariamente de Burdeos á Paris, dos de la compañía de *messageries royales* y dos de la *Laffite-Caillaude*; item mas, la silla de correo ó *malle-poste*, y el mismo orden se observa vice versa, de Paris á Burdeos. Por lo general este es el sistema fijo de comunicaciones entre la capital y los departamentos: cuatro diligencias y un coche-correo salen todos los dias de Paris para cada capital de departamento y otras tantas salen cada dia de cada departamento á Paris, y á veces no bastan para el transporte de los viajeros: tal es la vida moviliaria de aquel pais.

Las ocho y média de la mañana serian cuando nos despedimos de los españoles bordeleses nuestros amigos, y al cuarto de hora ya estábamos dando vista al pabellon en que almorzó D. Carlos cuando iba camino de Bourges. Pasamos á pié, segun costumbre, el ya descrito puente de Cubzac; y volvimos á subir al coche frente al ruinoso castillo de *los cuatro hijos de Aimond*, que ha visto pasar la friolera de 27 siglos. La lectura de algunas obritas y la disecion anatómica de un par de pollos suplieron la falta de interes y la poca curiosidad que ofrecen los ocho ó diez pueblecitos que se encuentran hasta llegar á ANGULEMA. Miré el reloj, y eran las seis de la tarde.

Diga Vd., mi amo, me preguntó Tirabeque; ¿es esta la patria de aquel buena alhaja que nos llevó á nuestra tierra el año 23 los